

PRIMERA PARTE



CAPÍTULO II

LA RELIGIÓN TRADICIONAL

Como indiqué antes, llamaré religión tradicional a la que practican actualmente, sobre todo los *mamaletik* o ancianos, como distinta de la religión católica hispánica y de la religión nueva o moderna, predicada por los jesuitas.

Esta parte está consagrada a la exposición de las creencias de la religión tradicional, que podrían clasificarse en forma triple:

I. Las creencias que parecen por lo menos paralelas a las de la religión cristiana occidental.

II. Las creencias cuyo origen no parece ser cristiano (sin negar con todo, una posible influencia cristiana).

III. Las creencias cristianas occidentales que no parecen haber tenido gran influjo sobre la religión tradicional.

Como dije antes, una de las fuentes principales para el estudio de las creencias fueron las oraciones, ya que según uno de los principios litúrgicos, las súplicas de las oraciones nos dan a conocer lo que cree la gente.

Las oraciones no las analicé en forma aislada ni fuera de contexto, sino que, para comprenderlas mejor estudié también las circunstancias mismas en que se las recita, así como las explicaciones, sobre todo las de los Ancianos.

Existe el riesgo de que este capítulo resulte monótono; sin embargo, es necesario exponer minuciosamente las diferentes creencias a fin de poder analizarlas mejor y, asimismo, determinar el tipo de aculturación resultante de la religión hispánica y de la prehispánica.

I. LAS CREENCIAS PARALELAS

1. DIOS Y SUS ATRIBUTOS

a) Eternidad: no la conciben ellos a la manera occidental (es decir, sin principio ni fin). No dicen explícitamente que Dios haya existido antes del mundo, sino solamente:

K'alal chiknaj te bahlumilal, chiknaj ek te Diose. Chiknaj ta ha'te Diose –Cuando apareció el mundo, apareció Dios; Dios apareció en el agua. Esta última frase nos hace pensar en el Génesis (1, 2): “Y el espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas”.

b) No resulta muy claro si es omnisciente y omnipresente, como quiere la teología, pues, por una parte, afirman que Dios conoce todo, que sabía dónde estaba escondido Adán, y que ve las buenas obras actuales:

¡Cómo se dobla [el Capitán] bajo el peso de sus afanes, bajo el peso de su tarea! Esto aparece delante del Gran Padre, ante el Gran Señor, que nos ve, que nos mira atentamente.¹

Sin embargo, encontramos otros textos que parecen sugerir lo contrario:

- Como veremos después, comparan a Dios con el finquero, que vive lejos, en la ciudad, y que no sabe bien lo que pasa en la finca; a los santos, con el mayordomo, siempre presente, y que entera al patrón de lo que sucede.
- Según una leyenda, Dios no supo que había hombres que se habían salvado del diluvio, sino hasta que le llegó el humo de las hogueras que ellos hacían en la tierra.
- En otra, Dios no sabe dónde se halla el Arcángel Gabriel, a quien envió a pegar fuego al mundo.

- Como veremos al tratar de la brujería, quien quiere hacer un mal injusto pide a Dios ayuda para lograrlo. Podríamos deducir de aquí, o que Dios ignora que se trata de una maldad, o que el brujo escapa a su poder.

c) Creador de todo: “¡Vivimos por ti!” “Fue Dios Padre quien nos concedió nuestra alma, y sabemos que Él mismo otorga la inteligencia y la sapiencia (literalmente la cabeza, y el corazón).²

d) Dador de todo: *Ha'nix ya ya'bey te binti ya jk'antike* – “ [Nos] da todo lo que le pedimos”.

Otorga el poder de curar: “Pues la medicina no puede, en modo alguno, aliviar por sí misma, sino por el poder de Nuestro Señor”.³

e) Muy poderoso, Señor de todo, y Padre: ¡Tú que eres extraordinariamente poderoso! – *Te k'ax tulanat*.

El verdadero amo es Dios Padre; por eso Él mismo es nuestro protector en todos los poblados. Dios Padre es el verdadero Señor... *Jalalme'tik* [nuestra Santa Madre] fue enviada por Dios Padre cuando este distribuyó antaño [a los santos] en cada pueblo. Ella es nuestra Patrona, pero fue Dios Padre quien la envió.⁴

Entre las frases que más frecuentemente se repiten en las oraciones, están las siguientes:

“Padre, yo soy tu hijo, Señor, yo soy tu hijo” y “Nuestro Padre y Nuestro Señor” –*Anich'anon jTat, anich'anon Kajwal, y jTatik Kajwaltik*.

Dios es el dueño del cuerpo.

“El enemigo oculto no es el dueño de la santa vena, no es el dueño del santo cuerpo, sino el Señor” –*Ma' yu'unuk ch'ul chih, ma' yu'unuk ch'ul bak'et, haxan te Kajwaltik*.

La idea de que Dios es el dueño queda reforzada por el adjetivo “santo” aplicado a la vena y al cuerpo.

¿Creador y dueño del demonio? No se dice explícitamente tal cosa, pero sí se afirma el poder de Dios sobre él: “Que Dios proteja [al capitán, o en otra oración, al enfermo] del enemigo oculto de su cuerpo, del enemigo oculto de su sangre”. “Él

puede protegernos hoy para que el demonio no entre [en el cuerpo del enfermo], para que Satanás no entre allí”.⁵

2. EL ESPÍRITU SANTO

Se le invoca en las oraciones, pero menos que a Dios Padre, y con mucha menor frecuencia que a Cristo. Por obra suya se llevó a cabo la Encarnación:

Nuestro Padre Jesucristo apareció en el corazón de la *Jalalme'tik* Santa María, porque el Espíritu Santo le mandó venir... Así pues vino debido al Espíritu Santo.⁶

3. JESUCRISTO

Según la Iglesia, Cristo, en cuanto Dios, posee los mismos atributos que este. Sin embargo, los tseltales, al hablar del tema, nos hacen la distinción. Según hemos visto, es difícil saber a veces si hablan de Cristo o de Dios. En general, parece que cuando hablan de *te Kajwaltik Dios* –Dios Nuestro Señor–, si no emplean expresamente el término *Dios Tatil* –Dios Padre–, se refieren más bien a Cristo.

a) *Dios-y-hombre*

- Dios: Dios Hijo es igual a Dios Padre –*te Dios Nich'anile pajal ay sok te Dios Tatile*.
- Hombre: saben que se hizo hombre en el *corazón* –*ta yo'tan*– de la Virgen María; San José no fue sino su padre adoptivo “para salvar el honor de la Virgen”.

Dios es más bien tseltal, “puesto que es un hombre verdadero” –*Yu'un bats'il winik*. En efecto, para ellos, así como también para los tsotsiles, los hombres verdaderos son únicamente los indios, no los ladinos, pues según una leyenda, Dios hizo a los indios con barro; ¡en cambio, a los ladinos, con estiércol de caballo!

Mi informante afirmó espontáneamente que Jesucristo era tseltal, “como hombre verdadero que es”; pero, después de haber reflexionado, declaró que era también ladino, puesto que no había sino un solo Dios para todos.

b) A los tseltales les gusta mucho dar a Cristo el título de Padre bajo diversas formas: “Nuestro Padre Jesucristo es el verdadero Padre en la planicie del mundo” –*Ha'*

te ‘*jTatik Jesukristo te mach’a mero Talil ta spahmal bahlumilal*. Llaman también a Cristo “seno florido, que nos dio a luz en el gozo” –*nichimalil schu’*, *nichimalil alajel ku’un–*, para expresar que su protección es tan tierna como la de una madre. Con estos dos títulos invocan también a la Virgen y a los santos (hombres y mujeres). Pero no parece que tales invocaciones encierren la idea paulina de una paternidad espiritual debida a la gracia.

c) “Comprador y pagador” es un título de Cristo que agrada mucho a los tseltales –*jManojel* o *jManwanej* y *jTojojel*.

Jesucristo recorrió el mundo; pagó por nuestros pecados cuando murió asesinado... murió por nuestros pecados.⁷

Escuchemos al *kobraría* exponernos sus ideas sobre la Pasión y la Muerte de Jesucristo. A la pregunta “¿Quién mató a Cristo?”, respondió:

¡Nada menos que los Judíos! Y los judíos –le dije– ¿eran ladinos o tseltales? – ¡Eran tseltales! ¡Bueno, tseltales, ladinos, todos! [Lo mataron] porque *predicaba la palabra de Dios*.⁸

Habla en seguida de la traición de Judas y del dinero que recibió de los soldados que fueron al Huerto de los Olivos para apoderarse de Jesús. Una vez llegados allí, Judas pregunta:

“¿Dónde está nuestro Padre Jesucristo?” –Entonces se dirigió hacia Él y lo besó. Entonces, cuando los ladinos vieron a quién besaba Judas, se apoderaron de nuestro Padre Jesucristo y lo ataron.⁹

El Gobernador preguntó [a Jesucristo]: “Entonces ¿quién es el que se anda paseando entre las ermitas? ¿Quién es el que predica la palabra de Dios? –Sí, ¡soy yo!– ¡Bueno! ¡Es necesario que tú nos digas esto para que te pongamos en prisión!– ¡Está bien! dijo Cristo”.¹⁰

Transcribo ahora una parte del discurso del mismo *kobraría*, el Viernes Santo después de la crucifixión:

Nuestro Salvador sufrió, y sus padecimientos fueron muy grandes. Le dieron de empellones 14 veces a nuestro Padre Jesucristo... Recibió 14 puñaladas en su corazón, y nuestro Padre Jesucristo derramó 14 veces su sangre por nuestros pecados. Él no era culpable del más mínimo pecado, pero nosotros, por nuestros pecados, todos somos pecadores en el mundo, y nos liberó nuestro Padre Jesucristo.¹¹

Y esto lo sabemos muy bien, pues se nos ha enseñado que nuestro Salvador Jesucristo fue quien murió verdaderamente en la Cruz y quien derramó alegremente su sangre sobre esta cruz.¹²

La narración de la Pasión es bastante exacta, si exceptuamos lo de las 14 puñaladas, que parece ser una confusión con las 14 estaciones del Vía Crucis.

Hay varios puntos en los que el orador insiste y que son de un sentido profundamente cristiano: que se dio muerte a Cristo porque predicaba la palabra de Dios; que Él, siendo absolutamente inocente, vino a sufrir por todos los pecadores del mundo; que derramó su sangre alegremente, es decir, en una comunión total con la voluntad del Padre.

La idea del servicio gozoso o alegre agrada mucho a los tseltales, según veremos.

El concepto de Cristo “comprador y pagador”, corresponde a la idea de “Redentor” (el que rescata a precio de dinero) que San Pablo y San Pedro nos explican:

Cristo Jesús... que se entregó como rescate por todos (1a. Tim, II, 5).

No fue por medio de algo corruptible, *plata*, u *oro*, por lo que fuisteis liberados sino por una sangre preciosa... (1a. Petri, I, 18-19).

Sin embargo, la interpretación tselta es diferente de la teológica, ya que, como se verá después, el efecto del rescate no es una vida espiritual nueva, sino más bien una vida feliz y, por tanto, justa en este mundo. Es lo que se expresa claramente en la oración por el recién nacido:

Tú viniste a comprármelo [es decir, a comprarlo para mí] tú viniste a pagármelo... tú viniste a comprarlo con liberalidad... Que reciba pues protección contra el enemigo oculto de su sangre, contra el enemigo oculto de su cuerpo, y que así se fortalezca cada momento, que así se fortalezca cada día; que reciba como regalo el don de gozar del mundo. ¡Que sea él mismo un regalo para los que lo engendraron!¹³

Si Cristo pagó por él, no hay razón para que el niño sufra injustamente durante su vida. Si Cristo lo rescató, es lógico que goce de buena salud y que sea feliz. Pero para lograrlo es necesario que su vida sea justa, condición indispensable para que pueda ser un “regalo para sus padres”.

d) Cristo resucitado no tiene para ellos una importancia tan grande como la que dan a su Pasión y Muerte. Las oraciones y los saludos no hablan sino muy poco de

este tema. Si se les pregunta qué sucedió con Cristo después de su muerte, responden: “Resucitó al tercer día” –*cha' kuxaj ta yoxebal k'ahk'al*.

Su liturgia habla de la Resurrección únicamente el domingo en que se celebra esta fiesta. Oigamos el discurso del *kobraría*:

Por consiguiente, debemos rezar el rosario ante la *Jalalme'tik* porque ella es la Madre de Nuestro Padre Jesucristo... Que en este día, y en este momento, nuestros corazones se llenen de una alegría sabrosa... porque nuestro Salvador que sufrió ha resucitado.¹⁴

El Domingo de Resurrección es una fiesta solemne en el poblado: se efectúa una procesión alrededor de la iglesia, acompañada de música tradicional ¡Sin embargo, no es Cristo quien sale en procesión, sino la Virgen y San Juan! Es verdad que no poseen ninguna imagen de Cristo resucitado, pero yo creo que el hecho nos muestra precisamente que no atribuyen a su resurrección una importancia muy grande.

Como lo indiqué anteriormente, Cristo tiene los mismos atributos que Dios Padre y quizá mayores aún, o al menos de un valor más práctico para ellos, ya que estando más cerca, puede ayudarlos mejor.

e) Su ciencia parece ser mayor que la de Dios Padre, que se halla lejos, y que, por tanto, no oye bien:

Ustedes mismos nos contemplan, ustedes mismos nos observan con atención... ¿Acaso hay momento alguno en que dejen de mirarnos cuando caminamos [en servicio suyo]?¹⁵

Por consiguiente, se dirigen con mucha mayor frecuencia a Él como al “Señor todopoderoso y dueño de todo”.

El gran Señor que está en el cielo, Nuestro Señor Jesucristo. ¡Señor Santo, Jesucristo, tú eres inmensamente poderoso...! ¡Tú que te yergues poderoso en el Cielo...! ¡Grande es tu poder!¹⁶

f) Señor Santísimo Sacramento (es decir, la Eucaristía). No pude captar claramente si invocan a Cristo o a otro Santo. De todos modos, la manera como se dirigen al Santo Sacramento se parece bastante a la que emplean cuando invocan a Cristo.

g) El Niño Jesús. Le tributan un culto especial, sobre todo la víspera de Navidad, pero es menos importante que los tres santos patronos del poblado, la *Jalalme'tik*

(Nuestra Santa Madre). Santa Ana y San Juan. Llaman al Niño “Nuestro Padre Jesucristo” –*jTatik Jesucristo*–; pero, ¿es del todo idéntico al Cristo adulto? Por una parte, en las oraciones, después de haber invocado a este, a veces se dirigen al “Niño Jesucristo”; pero, por otra parte, afirman:

En la actualidad es nuestro, porque es la imagen de nuestro Padre Jesucristo. Es como nuestro Padre Jesucristo, cuando otrora vino al mundo [Tenemos su imagen] para que veamos que aquí está. Nuestro Padre Jesucristo en persona se halla en el cielo pero sus imágenes están dispersas en toda la planicie del mundo.¹⁷

Vogt nos dice que en Zinacantán nacen dos niños Jesús el mismo día: el hermano mayor y el hermano menor (1969, pp. 239 y 367). En Guaquitepec no hay nada semejante, y solo existe la idea de que el Niño Jesús de la iglesia es más importante que el de las casas. Por ello llaman al primero hermano-mayor (*sBankilal*) y, al otro, hermano-menor (*Yihts'inal*).

h) Cristo-Sol y la Virgen-Luna. Los tseltales y también los tsotsiles (Laughlin, 1977, pp. 387-388) narran una leyenda según la cual Cristo se aburrió de vivir en el mundo y decidió subir al cielo: Él es el Sol, y su Madre, la Luna; los indios veneran, pues, profundamente al Sol y a la Luna.

Los tseltales dan a veces al Sol el nombre de Nuestro Santo Padre –*ch'ul jTatik*– como los tsotsiles, pero, en cambio, llaman a la Luna con mucha frecuencia Nuestra Santa Madre –*Jalalme'tik*–, título con el que designan también a la Virgen María.

i) La Cruz. Los tseltales dicen que en las cuevas de las montañas vivas (es decir, poderosas por sí mismas, y también como lugares donde se hallan los poderes espirituales) hay una Cruz, y que la Virgen, el Ángel y el rayo, habitan también allí. Hay cruces asimismo frente a las “montañas vivas” ante las cuales celebran sus *mixas* (ceremonias para pedir la lluvia y buenas cosechas).

Los tsotsiles atribuyen a la Cruz una importancia mucho mayor: la consideran como el medio de comunicación con el mundo espiritual, y como una especie de mojonera o límite entre las unidades sociales principales; ella es la protectora de los pozos y de los manantiales, así como de otros sitios importantes o peligrosos.

Los Calvarios (tres cruces juntas) son también de suma importancia para los tsotsiles, y desempeñan más o menos el mismo papel que la cruz sola (Vogt, 1969, pp. 374 y ss).

4. LA VIRGEN Y LOS SANTOS

La Virgen y los Santos son como el mayordomo. Así, el dueño de la hacienda vive lejos, pero el mayordomo, ese se encuentra siempre allí.

Bueno, el tseltal se dirige a pedirle tierra: “Te pido tierra –le dice– bueno [responde el mayordomo] le mandaremos una carta al dueño, y le preguntamos si te la da”.

Poco tiempo después el dueño de la hacienda [contesta]: “Bueno, ¡dale la tierra!”.

Sucede lo mismo con Dios Padre si pedimos algo a la Virgen y a los Santos que están aquí. Pero es precisamente Dios Padre quien nos da lo que le pedimos.¹⁸

Comparan también a la Virgen y a los Santos con un licenciado que explica al gobernador lo que los indios quieren, ya que estos no saben castilla.

5. NUESTRA MADRE SANTA MARÍA –*Te Jalalme'tik ch'ul María*

a) Es la Madre de Cristo, puesto que este apareció en su corazón; es, por tanto, la Madre de Dios (lo cual va de acuerdo con la teología).

b) Ser Madre y protectora de los hombres es su papel principal.

Es la Madre de los ladinos y también nuestra propia Madre... Puesto que es la Madre de nuestro Padre Jesucristo, es también la Madre en el mundo entero: Madre del cielo y Madre de la gloria [es decir, la más poderosa entre los Santos].¹⁹

Los títulos con que más frecuentemente se la invoca, son el de Seno Florido –*nichimalil schu'*– y el de Madre Hermosa, que puede traducirse también como aquella que nos parió en la alegría –*nichimalil alajel ku'un*. A ella se aplican estos términos por antonomasia.

Cuando se les pregunta quién es el ser más poderoso del cielo, responden inmediatamente: “¡la Virgen, puesto que es la Madre de Dios!” –*Te Jalalme'tik, yu'un snan Dios*; pero indican claramente que su poder no es absoluto: “Sin embargo, la Virgen no puede, por sí misma, darnos lo que le pedimos si Dios no quiere”.

Ella es también quien les buscó Guaquitepec y se los dio para que moraran allí; ella les regaló sus campos.

Una leyenda cuenta que Dios había enviado al Arcángel San Gabriel a quemar el mundo (no se sabe la causa); pero la *Jalalme'tik* y los santos estaban celebrando en esos momentos una gran fiesta; la Virgen dijo entonces a San Gabriel que esperara,

y le dio a beber trago (aguardiente) que hizo salir de su seno derecho. ¡Embriagó a Gabriel que volvió al día siguiente al cielo sin haber quemado el mundo!

Obviamente se trata de un mito sobre la protección concedida por la Virgen a sus hijos los hombres.

Otra leyenda nos habla de un diablo disfrazado de chamula (indio tsotsil) que se había establecido a medio camino entre San Cristóbal y Guaquitepec y que asesinaba a todos los que pasaban por allí. Dos hombres fuertes de Guaquitepec lucharon contra él y lograron vencerlo lanzándole una serpiente que la Virgen les había dado. La serpiente mató al demonio penetrándole por el ano y saliendo por su cabeza. La Virgen es la protectora por antonomasia.

Que se vea protegido [el Capitán, el enfermo, etc.] del enemigo oculto de su sangre, del enemigo oculto de su cuerpo por nuestra Patrona, la Madre del cielo, la Madre de la gloria.²⁰

Para ejercer bien este rol, es necesario que ella conozca todo lo que sucede en el mundo:

Pues tú misma me miras, tú me abrazas, tú me tomas en tus brazos día y noche.²¹

Nuestra Santa Patrona nos mira, nos observa atentamente, con sus ojos de arcoíris, con su rostro de arcoíris [es decir, que nos trae la paz].

Nuestra Patrona la Madre del Cielo y Madre de la Gloria hace desaparecer donde duele; ella sabe qué parte del cuerpo es la que duele.²³

Se la llama también Madre del maíz –*sMe'ixim*– pues es la protectora de esa planta, tan necesaria para la vida.

Sin embargo, parece que ella, a pesar de su sabiduría, al igual que los demás santos, podría a veces equivocarse. Según veremos, dicen que la Virgen *Antiko* desapareció de Guaquitepec, y que no quiere regresar allí para vivir con ellos porque quizá está enojada. Le explican por tanto que no son ellos sino los primeros padres o ancestros los culpables:

Santa María... *Antiko schu'... ma' me ta jmultik ta banti tinilat ta banti wutsulat... Ha'to, ta smul sbahbeyal jme', sbahbeyal jtat.*

Santa María... Antiguo Seno [bienhechora]... No es por mis culpas el sitio donde moras actualmente, donde estás sentada con tus brazos cruzados y tus ojos bajos... Eso es por culpa de mi primera madre, de mi primer padre.

c) Su morada es el cielo, pero también vive en la tierra, especialmente en Guaquitepec, a donde fue enviada por Dios Padre.

La *Jalalme'tik* habita también en todas las montañas en verdad vivas, como nosotros tenemos nuestras casas. Nuestra Santa Madre se encuentra allí, de donde pasa a cada puerta de las casas [a visitarnos].

d) La Antigua Virgen, el Antiguo Seno –*Virgen Antiko, Antiko schu'*.

Así es como designan a la Virgen que vivía antaño en la iglesia de Guaquitepec y que desapareció allá por la época de la Revolución (1917). Esta Virgen no fue fabricada por mano de los hombres, sino que se cuenta que apareció nada más así: *Ma'ba pasbil, hich nax ah chiknaje*. Y esto fue a los principios del mundo, pues afirman: *K'alal chiknaj te bahluminal, chiknaj ek te Jalalme'tik* –Cuando apareció el mundo, apareció también nuestra Santa Madre.

Esta aseveración se origina de la manera de pensar tseltal, según la cual todo lo que es importante existió desde los principios. Hay en esto una aparente contradicción pues, según la leyenda, en el sitio en que se encuentra actualmente la iglesia, había un río en cuyos bordes crecía un carrizal. La Virgen estaba allí peinándose cuando se la encontraron los que huían de la guerras. Ella los interpeló así:

¡Yo, sí, yo, soy María! Habitaré aquí para protegerlos a ustedes; pero habrán de hacerme una santa casa [templo] ¡Y aquí moraré!²⁴

No indican a qué guerra se refieren (quizá a la Rebelión tseltal de 1712). En todo caso, no fue tan a los principios, puesto que ya había guerras.

La historia continúa así:

En la época de la guerra [otra guerra, la Revuelta pinedista de 1916], la Virgen se quedó sola en el pueblo, ya que todo mundo había huido. Llegaron entonces los de Cancuc y se la robaron. Y así es como desapareció nuestra Santa Madre, la Virgen verdadera... La buscaron por todas partes, aun con la ayuda de los soldados [*¡sic!*], pero no la encontraron... Cuentan que fueron cuatro viejos malvados los que la entregaron a los cancuqueros.

No sabemos dónde se halla ahora... Afirman que en Cancuc; pero nadie la ha visto... Dicen que se esconde cuando la buscamos porque no le gusta el sitio donde la habían colocado [la Agencia Municipal, pues el techo de la iglesia se había derrumbado]. ¡No sabemos nada! ¡Quizá está enojada!

El que la Virgen pueda estar disgustada con ellos les preocupaba mucho, según puede verse en una de las oraciones de los capitanes:

¡No te enojas conmigo! Porque el que vivas actualmente en el sitio donde te hallas no es debido a mi pecado, sino al de mis primeras madres y de mis primeros padres [antepasados]... ¿Por qué [ya] no me das tus camisas verdes, tus ropas verdes? [es decir, las plantas de maíz, que ya no se dan tan bien como antes].²⁵

A pesar de todo, la Virgen no los ha abandonado, sino que continúa visitando el pueblo todos los sábados, sin que la vean. Hace algunos años se apareció en sueños a un anciano, le indicó que debía invocarla en cierto sitio, frente a la montaña del *Paluch'en*, y le declaró que convertiría esas tierras estériles en tierras buenas. Como veremos, allí es donde celebran su *mixa* (oraciones para obtener buenas cosechas).

Hay también una especie de bolas de fuego (que yo mismo vi) que aparecen a veces sobre las montañas. Según ellos, es la Virgen *Antiko* que viene a visitarlos.

La *Jalalme'tik Antiko*, la Antigua Virgen, es mucho más poderosa que la que vive actualmente en la iglesia, hecha por manos del hombre.

Ya expuse antes la versión de doña Natalia Gordillo: no es que los cancuqueros se hayan robado la imagen, sino que los revolucionarios quemaron todas las imágenes que estaban en la Agencia Municipal. Esto lo confirma una carta que se halla en los Archivos de San Cristóbal (Gordillo, 1921).

6. LOS SANTOS

a) San Juan y Santa Ana son, además, de la *Jalalme'tik*, patronos principales de Guaquitepec (sus fiestas son el 24 de junio y el 26 de julio, respectivamente).

Están también el Niño Jesús (del que ya hablé); Santo Entierro (Cristo Muerto); el Sagrado Corazón (que doña Natalia colocó recientemente sobre el altar, pero al cual los indios conceden poca importancia); la Virgen de Guadalupe, cuyo culto fue instaurado hace unos 40 años por un sacerdote que atendía en Guaquitepec.

Antes de la Revuelta pinedista había alrededor de otras diez imágenes de santos, que se quemaron con las demás, pero a las que no se reemplazó por otras nuevas, probablemente a causa de la pobreza de la gente, recién llegada al poblado después de la Rebelión pinedista. Sin embargo, los *tsetales* continúan invocándolas en sus oraciones, junto con otros santos de las poblaciones circunvecinas.

A cada imagen le dan títulos diferentes según su poder; en gradación descendente tenemos:

- Seno Florido, Madre Hermosa (o Padre Hermoso) –*nichimalil schu'*, *nichimalil alajel ku'un*– Cristo, la Virgen, Santa Ana y San Juan.
- Gran hombre u hombre vivo, nuestro Padre: Cristo y los santos más poderosos –*muk'ul*, *kuxul*, *winik jTat*.
- Padre (o Madre): según se trate de un hombre o de una mujer –*jTat*, *jMe'*.
- Santo Señor San X – *ch'ul señor san*.
- San X.

b) ¿Dioses o santos? Los tseltales llaman indiferentemente a los santos: *diosetik* o *santohetik*. Dicen también que “son iguales a Dios” –*pajal ay sok te Diose*– y que se dirigen a Él como a un igual –*pajal ak'opik*, *pajal awa'iye-jik*–: “las palabras de ustedes iguales, e igual lo que hablan”.

Según lo vimos ya, tanto Dios como los santos existen desde los principios; pero el señor y dueño de los santos es Dios: Él fue quien los envió al mundo. Una leyenda tsotsil cuenta que nuestro Padre Jesucristo declaró que subiría al cielo, pero mandó a San Juan y San Lorenzo quedarse en la tierra (Gossen, p. 316).

No parece que los indios consideren a los santos como seres totalmente semejantes a los hombres, pues dicen que no comen; en cambio, afirman que las almas de los difuntos vienen a comer a la tierra el 2 de noviembre.

c) Su morada. Es doble: el cielo y la iglesia del poblado del que son santos patronos. Esta doble morada es necesaria a fin de que ellos puedan cumplir con su función de protectores: viviendo sobre la tierra, pueden conocer las necesidades de los hombres; viviendo en el cielo, pueden interceder ante Dios en favor de los hombres. Insisten sobre todo en el primer aspecto:

En primer lugar te invoco a ti Jesucristo, Nuestro Padre que estás en los cielos... Después hablo con todos los santos que están aquí sobre la tierra... ¡Santos! ¡Ahora me dirijo a ustedes todos los que están aquí sobre la tierra!²⁶

Los principales días de fiesta, los santos patronos celebran en la iglesia una especie de reunión:

Ustedes se reúnen aquí hoy, ustedes están congregados igualmente en el gran retablo, en el gran altar este día de hoy.²⁷

d) Sus imágenes. Para los tseltales, todas las imágenes de Cristo, de la Virgen y de los santos, están “realmente vivas”; poco importa que hayan sido fabricadas por los hombres –*mero kuxul, manchuk teme pasbil*.

El *kobraría* me explicó esta contradicción aparente:

Nuestro Padre Jesucristo vive Él mismo en el cielo con la Virgen y con los santos; pero sus *imágenes* se hallan esparcidas en el mundo entero. Poco importa que hayan sido fabricadas; están vivas, puesto que el sacerdote les dio la bendición. Fueron bautizadas: por ello Dios Padre les concedió un alma... Recibieron la inteligencia con la bendición. Poco importa que hayan sido hechas: tienen inteligencia porque recibieron el bautismo [Así pues] si obedecemos al Santo que vive en la iglesia, obedecemos también al Santo del Cielo.²⁸

e) El atuendo de los santos de Guaquitepec. Me causó admiración que la ropa de los santos de Guaquitepec fuera ladina, pues sabía yo que los indios de Chiapas vestían a sus santos con trajes indígenas. Esto fue así hasta principios de siglo, según me contó la anciana doña Natalia, pero un padre español decidió que se les vistiera a la ladina: ¿no le gustaba la ropa de los indígenas!

Hay que notar también que los santos que en las iglesias occidentales están semi-vestidos, como San Juan Bautista, San Esteban, San Sebastián, etc., se hallan siempre completamente vestidos entre los tseltales. Esto responde a un rasgo cultural, según veremos después.

f) Invocaciones múltiples. Los tseltales nunca piden solamente una vez los favores que desean obtener, sino que repiten sus súplicas, bajo la misma forma o bajo formas diferentes, a cada santo o a cada grupo de santos. Así por ejemplo, en la oración para curar la fiebre, piden 26 veces a Cristo y a los santos: “Te pido prestadas tus trece gracias, tus 13 licencias” –*ya jmajambat oxlajune’grasia, oxlajune’lisensia*.

g) Errores y confusiones (desde el punto de vista católico occidental). Diego de Mazariegos fue uno de los conquistadores a quien la iglesia nunca canonizó. Sin embargo, ellos lo invocan del modo siguiente: *kuxul winik jTat* –hombre vivo, nuestro padre.

Uno de los posibles orígenes de esta “canonización” es el siguiente: quizá los misioneros les hayan hablado de él como de un gran bienhechor, ya que había con-

tribuido a traerles la religión católica. Entonces, puesto que los santos eran sus bienhechores, ¡Mazariegos se convirtió en un santo!

Señor *Korasón* de María de Jesús. La liturgia católica “adora” al Sagrado Corazón de Jesús, puesto que es el símbolo del amor de Cristo hacia los hombres; “venera” el Corazón de María, símbolo de su amor materno: por consiguiente, puesto que los dos nombres están en español, no es imposible que los tseltales los hayan confundido y mezclado.

Señora *Asunción*, Santa Rosa María, *Nichimal* –florida, alegre–. Según el dogma católico, la Virgen, después de su muerte, fue llevada en cuerpo y alma al cielo, y la liturgia celebra esta fiesta con solemnidad. Por otra parte, tenemos a Santa *Rosa-María*. Ahora bien, para los tseltales, “María” es siempre la Virgen; la confusión entre la Virgen y Santa Rosa se debe probablemente a que las dos tengan el nombre de “María”.

Veremos en otro capítulo que la instrucción que los misioneros daban a los indios a propósito de los santos era casi nula.

7. LOS ÁNGELES

En el Antiguo y Nuevo Testamento aparecen los ángeles como los servidores de Dios y los protectores de los hombres; su morada es el cielo, de donde Dios los envía a llevar mensajes a la tierra, y se encargan de presentar a Dios las oraciones y los sacrificios de los hombres.

Los tseltales no atribuyen gran importancia a los “ángeles tradicionales”, San Miguel, San Gabriel, etc., y no hablan tampoco de los ángeles de la guarda “personales”, propios de la teología popular occidental. En cambio, piensan que un ángel habita en las cuevas de las montañas realmente vivas –*mero kuxul*. Este ángel es quizá el *yajwal ajaw* –señor de la cueva– protector de la vida de los campos y de la vida salvaje.

“¡Así como nosotros tenemos nuestras casas –dicen– así también el Señor de la cueva!” –*hich bit’il ho’otik ay jnahtik, ha’nix hich te yajwal Ajaw*.

Según ellos, hay una relación entre el ángel y el rayo: este último sería la esposa del ángel. Sin embargo, tal concepto no resulta muy claro, pues el ángel no castiga sin causa; en cambio, el *Yajwal Ajaw* a veces lo hace. Ellos mismos piden a Dios en sus oraciones que los proteja de las redes o lazos de *Ch’ul Ajaw* –santo señor–.

Piensen que quien ve a un *Ajaw* no vive largo tiempo. Según los tsotsiles, los *Ajaw* causan terror a los hombres y pueden hacerles mal sin razón (Gossen, pp. 2 y 290).

II. CREENCIAS CUYO ORIGEN NO PARECE SER CRISTIANO

1. LOS CERROS –*Te Witsetik*

Los habitantes de Guaquitepec creen que los cerros, sobre todo, los realmente vivos –*mero kuxul*–, son ellos mismos muy poderosos y, además, son la sede de un gran poder –*bayel stul*. Según ellos, todos los cerros son *kuxul*, vivos, ya que son la fuente de vida para ellos: allí siembran su maíz, allí recogen su leña, allí brotan los manantiales. Pero hay tres o cuatro cerros que son “realmente” vivos –*mero kuxul*–, pues precisamente quienes moran en sus cuevas son: la Virgen, Madre del maíz; el ángel, protector de la vida salvaje, así como también diversos santos y, además, una cruz.

Los cerros realmente vivos serían pues poderosos en cuanto morada de los seres sagrados, pero también parecerían tener poder propio, del que se sirven generalmente para ayudar a los hombres, aunque algunas veces también para dañarlos. A este propósito vemos que los tseltales piden a Dios y a los Santos que los protejan contra las redes o lazos del Santo Cerro –*Ch’ul Wits*. ¿Se trataría más bien quizá de un *Yajwal Ajaw*, que vive también allí y que es diferente del Santo Ángel? Los indios tienen gran temor de entrar en las cuevas excepto para orar, ya que los cerros mismos o sus señores podrían enojarse y cerrar la puerta, dejando dentro a la gente poco respetuosa. Aun los catequistas, quienes afirman que todo eso no son sino “consejas de los viejitos”, se resisten a entrar a las cuevas. En efecto, la doctora Patricia persuadió una vez a un catequista que la acompañara al interior de una cueva pero, una vez dentro, el muchacho tenía tanto miedo que insistió en que salieran inmediatamente.

Notemos aquí que los judíos veneran el Monte Sinaí, y los cristianos el Calvario y otras colinas y montañas donde aparecieron algunos santos, pero ello no implica la creencia de que esos sitios sean “en sí mismos” poderosos.

2. SANTA TIERRA –*Ch'ul Lum*–, MUNDO SANTO –*Ch'ul Bahlumüal*

Los habitantes de *Chenalho'*, poblado tsotsil, consideran a la Tierra como una bienhechora, puesto que de sus entrañas sale todo lo que es necesario para la vida; pero piensan que al mismo tiempo es perversa, pues quiere devorar todo lo que produce. “Es como la superpotencia de la cual dependen todas las demás” (Guiteras-Holmes, p. 234).

En Guaquitepec no parece que la distinción sea tan clara, pero ciertamente se teme también a la Tierra. Por ejemplo, ella causa el susto –*xiwel*–, al apoderarse de una “parte” del alma de la persona que cae al suelo. En el rito de curación hacen la súplica siguiente: “Santa Tierra y Mundo Santo, no se enojen con esa alma” –*Ch'ul Lum, ch'ul Bahlumüal: ma'me xawak' bik'it awo'tan*.

A la Tierra hay que alimentarla; por ello los *Mamaletik* llevan carne a las cuevas para que un perro se la lleve a la Santa Tierra. Asimismo, cuando construyen una casa, piden perdón a la Tierra porque la van a maltratar, y le sacrifican cuatro gallinas para apaciguarla, a fin de que la casa sea sólida y para que la Tierra no dañe a sus futuros habitantes.

Cito aquí una oración recogida por Brasseur de Bourbourg, que los indios de Belice recitaban antes de empezar a cultivar:

¡O Dios, Padre Mío, Madre Mía, señor de los montes y los valles, espíritu de la selva, trátame bien! Voy a hacer como siempre he hecho. Voy a hacerte mi ofrenda, para que sepas que voy a molestar tu corazón. Permítelo. Voy a mancillarte (a destruir tu belleza), a labrarte para poder vivir. No permitas que ningún animal me persiga; que no me pique ninguna serpiente, ningún alacrán, ninguna avispa. No permitas que me caiga encima un árbol, ni que me corte hacha o machete. Con todo mi corazón voy a labrarte (citado por Thompson, p. 242).

Encontramos pues las mismas ideas que entre los tseltales: no se pide a la Tierra beneficios, sino solamente que no haga daño a los que la cultivan. Según veremos después, hay oraciones especiales para pedir los frutos de la tierra, pero las súplicas no se dirigen a ella, sino a Dios y a los Santos, frente a los cerros realmente vivos.

Parece pues que hacen una distinción entre la Santa Tierra, envidiosa o al menos excesivamente susceptible, y los cerros, generalmente benévolos.

3. EL RAYO –*Chahwk*

Su naturaleza es espiritual: “puesto que no tiene cuerpo, no puede morir” –*ma' xhu' ya xljaj, yu'un ma'yuk sbak'etal*. El es la esposa del *ajaw*, señor de la cueva, de donde sale. “Es nuestro protector porque nos da nuestro alimento, cuida, protege y renueva el maíz; es bueno puesto que viene de la presencia de Dios, y no ‘muere’ a la gente; además, nos da la lluvia”. Se le cuenta entre los amigos de los pescadores, porque, de vez en cuando, cuando el rayo cae en un río, ellos no tienen sino que recoger los peces muertos.

Se narra en una leyenda que el maíz estaba guardado en una cueva, las hormigas se lo robaban a través de una grieta, pero los hombres no podían sacarlo. Trataron entonces de romper la roca, pero por más que hicieron, no lograron nada. El rayo tuvo entonces piedad de ellos e hizo pedazos el peñasco. Según otros, la esposa del rayo son las nubes, que teje un sapo que habita en las cuevas de donde estas salen.

III. CREENCIAS CRISTIANAS QUE NO PARECEN HABER TENIDO GRAN INFLUJO EN LA RELIGIÓN TRADICIONAL

1. LA MUERTE –*Chamel*

1) El significado de la palabra *Chamel* es, en tseltal y en tsotsil, *enfermarse* y también *morir*, no solo porque lo primero puede conducir a la muerte, sino también porque las dos tienen como causa una pérdida parcial o total del alma. Esto se ve muy claro en el caso del *xiwel* o susto, el cual es una enfermedad que sobreviene generalmente cuando cae una persona: parte de su alma se queda en el sitio de la caída, y es necesario traer el alma nuevamente a casa, a fin de que la persona se cure.

Según nosotros, occidentales, la actitud de los tseltales ante la muerte parece estar envuelta en “fatalismo”: no se rebelan ante ella, “¡qué le vamos a hacer!” – *bin k'an kutik* – dicen.

Guiteras-Holmes indica:

La duración de la vida... no puede cambiarse, pues fue decidida por Dios: pero existe al mismo tiempo [entre los indios] la certeza de que la vida puede ser prolongada... y así, se pide en el ritual... otro día, otro año (p. 248).

Una de las oraciones de los capitanes expresa ideas semejantes:

Santa María, Protectora y Madre Nuestra... observé debidamente el ayuno a una con mis compañeros para pedirte *mi hora* [es decir, mi vida] .

Santa María schu', alajel ku'un... lek me mich'ilon sok ta sk'anel korahil.

Si a pesar de todo sobreviene la muerte, es que ya estaba decidida por Dios: entonces se lamentan, lloran, pero nunca preguntan a Dios por qué obró así. ¡Ya estaba decidido!

En lo que acabamos de ver hay algunos elementos que parecen ser contradictorios para nosotros: la hora de la muerte no puede cambiarse, pero permanece la certeza de que puede prolongarse la vida. Fue Dios quien lo decidió, pero para ellos toda muerte, aun la de personas de edad muy avanzada, pudo haber sido causada por brujería.

2) *Circunstancias de la muerte.* Para ellos, morir lejos de la familia es una gran desgracia, que será peor aún si se hallan totalmente solos, ya que en este caso no habrá nadie que grite para que el alma no se pierda en el camino. Morir lejos de su poblado, o enfermarse gravemente fuera de él, equivale a carecer de la protección de sus santos, cuya acción es menos eficaz cuando la persona se halla fuera de la comunidad. Estas dos ideas aparecen en la lamentación de una mujer por la muerte de su marido, lejos de su paraje, y a quien tuvo que enterrar en Guatepepec:

¡Aquí viniste a enterrar tus huesos! ¡Aquí! –*Li'to tal amuk te abakele!* Y a esta se añade la otra gran desventura: ¡Tu madre no está aquí!– *Ma'ba li' ay te amamahe!*¹³³

Durante mi estancia en Guatepepec hubo un caso en que los padres no aceptaron que su niña gravemente enferma permaneciera en la casa de salud.

Otra vez una pareja llevó allí a su hijita para que el doctor la atendiera; algunas horas después de recibir el tratamiento, se manifestaron algunos síntomas muy ligeros de mejoría: los padres se llevaron al punto a la niña a pesar de las protestas del médico, quien les anunció que moriría en el camino pues aún se hallaba muy grave. No lo escucharon y la niña falleció aun antes de salir del pueblo.

Para la gente de Guatepepec tal proceder era totalmente normal, pues se trataba de llevar a la niña al mundo donde se hallara protegida por sus propios santos y por su familia.

3) *Ritos fúnebres.* Inmediatamente después de que muere una persona, las mujeres de la familia comienzan a dar gritos fuertes y muy agudos, a fin de guiar al alma

hacia el más allá. Enseguida las ancianas lavan el cadáver, lo visten y lo colocan sobre una tabla, en tanto llega el carpintero para hacer la caja. La gente se reúne poco a poco para acompañar, no tanto a los miembros de la familia, sino al difunto, a quien nunca hay que dejar solo.

Un día en las cercanías de Guaquitepec encontraron a un hombre asesinado; como su familia se hallaba lejos, las autoridades designaron a un grupo de hombres para que lo acompañaran día y noche hasta el momento del entierro.

Una vez fabricada la caja, se deposita en ella el cadáver y, a su lado, todos los objetos personales del difunto a fin de que su alma no vuelva a casa a buscarlos. Colocan también dentro una vela, para que el difunto la deposite a los pies de Dios Nuestro Señor, pues sería una falta de educación presentarse en casa de alguno sin llevarle un pequeño regalo. Como es necesario que el difunto tenga que beber, colocan a su lado una calabaza (*tsu'il* –lám. X, 3) llena de agua o café (antiguamente de trago o aguardiente). Además, un poco de dinero “para que compre lo que quiera” –*yu'un ya sman te binti ya sk'an*.

Siempre se vela al difunto durante una noche; al día siguiente, generalmente a media mañana, se dirigen todos hacia el cementerio y, llegados allí, bajan inmediatamente la caja a la tumba. Enseguida, cada uno arroja un puñado de tierra sobre ella (no sé si esta costumbre es de origen maya-prehispánico, o si es más bien cristiano-occidental, un rito simbólico relacionado con una de las obras de misericordia: enterrar a los muertos). La gente se queda un rato en el cementerio y poco a poco vuelve a la casa del difunto, donde se ofrece un pequeño refrigerio a los que rascaron la tumba y a todas las personas que asistieron al entierro: café y galletas, o bien bebidas gaseosas.

4) *Vida en el más allá*. Los gritos de las mujeres para guiar el alma del difunto, y los objetos que se depositan en la caja para su viaje hasta la presencia de Dios, nos indican la creencia en una vida del más allá; pero parece que no tienen una idea precisa a este respecto. En efecto, afirman que la gente va al cielo si no ha cometido ningún pecado grave, y al infierno si lo ha hecho así; si solo pecó venialmente, pasa por el purgatorio, y luego va al cielo. Sin embargo, no parecen preocuparse del tipo de vida que el difunto lleva allá, ni tampoco si va al infierno a sufrir, o al cielo a gozar. Ellos hicieron de su parte todo lo que pudieron a fin de que no muriera, pero, una vez que acaeció la muerte, no se puede cambiar el destino del difunto, que no es sino la consecuencia lógica e inevitable de su vida acá abajo.

En contraste con la liturgia occidental cristiana, en la religión tradicional no se recitan oraciones ni para ayudar al moribundo en su paso al más allá, ni para obtener de Dios su descanso eterno.

Dos son las preocupaciones mayores: el castigo de quien causó la muerte de la persona (ya que, en la práctica, todas las muertes se atribuyen a brujería) y que el alma del difunto no retorne a casa, excepto el 2 de noviembre.

5) *Causas de muerte*. Ellos enumeran las siguientes:

Laj ta ha', laj ta te', laj ta choj, laj ta chan, laj ta chamel, laj ta milel, laj ta ti'el.

Murió: en el agua [aplastado] por un árbol, por el tigre [jaguar], por [mordedura de] serpiente, por enfermedad, por asesinato, por brujería (lit: por mordedura).

Podríamos decir que de las siete causas enumeradas, seis son causas “próximas”, pero que detrás de toda muerte ellos creen percibir como “causa última” la brujería.

Hay varios documentos que parecen probar esta hipótesis:

a) La oración para curar la mordedura de serpiente:

Te pediré prestado tu gran poder [Jesucristo]... para que no venga ni entre el demonio, para que no venga ni entre el que nos daña.

Si contáramos únicamente con este texto, podría quizá decirse que no se trata aquí de brujería, sino solo del demonio, por un posible influjo del Génesis (cap. III), en el que se le pinta como a una serpiente. Sin embargo, prosiguiendo su oración, el curandero interpela al causante del mal con estas palabras: ¿Tú viniste a hablarle ahora? –*Ha'at bal yo'tik k'opojat talel.*

Ahora bien, en la oración de curación de la fiebre, se usan casi las mismas palabras para interpelar precisamente a la brujería; parece que las expresiones siguientes no se dirigen a un simple reptil, sino a un ser más poderoso:

¿Dónde estás ahora? ¿Estás en tu nido? ¿Qué bejuco eres? ¿Qué bejuco eres en el cerro? ¿Dónde te hallas ahora? ¿Te hallas en el zacate? ¿Qué viniste a hablar ahora? Yo te forzaré nueve veces para que salgas, yo te forzaré dentro de un momento.

Yo soy *ajaw*, yo soy *ajaw*, yo soy *ajaw*, yo soy *ajaw*.

Recordemos que el *ajaw* es el señor de la vida silvestre y amo de los animales. El curandero, al afirmar con insistencia que él mismo es un *ajaw*, parece que quiere infundir temor al animal que causó el daño, a fin de que retire sus maleficios. No es verosímil, pues, que se trate de una simple serpiente.

Notemos además que en ninguna otra ocasión se interpela al demonio en las oraciones de la religión tradicional, ya que según veremos no se le considera como el causante de grandes males. La alusión al demonio, citada más arriba, parecería más bien provenir del influjo de los misioneros hispánicos, quienes dieron al diablo el nombre de *chopol pukuj* –el mal malo. Los tseltales, por su parte, llaman a la brujería *spukujil* –el mal.

Finalmente, ni en los textos litúrgicos de la religión tradicional, ni en los testimonios de mis informantes, aparece el demonio bajo el símbolo de una serpiente.

b) Los ancianos y los catequistas coincidieron en afirmar que la opinión general era que aun los nonagenarios morían a causa de la brujería.

c) Tal opinión se ve confirmada en la lamentación ya mencionada de una mujer en el entierro de su marido:

¡Papacito!: a quien te hizo daño y se portó como enemigo contigo, llámalo también en este mismo momento [a la otra vida]...²⁹

¡Así, papacho! Arrodíllate pues, póstrate pues, a los pies de la *Jalalme'tik* para suplicarle que quien te *mordió para que murieras* [es decir, te hizo morir por brujería] perezca también asesinado.

En esta expresión, aparentemente contradictoria, se halla un argumento fehaciente. En efecto, el hombre había sido asesinado, como lo indica la mujer, pero ella misma atribuye esa muerte a brujería, usando el término técnico *lajel ta ti'el* –morir por mordedura– que, como vimos ya, significa para los tseltales morir por “embruajamiento”.

Notemos que los párrafos citados no son sino una antología de la lamentación, que se inicia en el momento mismo de la muerte, y continúa de vez en cuando durante toda la noche y durante todo el día siguiente, hasta el momento del entierro. En el transcurso del año subsiguiente a la muerte, las mujeres y las hijas del difunto empiezan a veces a llorar súbitamente, y continúan el diálogo conmovedor con el difunto.

6) *Ritos para que el alma no regrese*. Según nos indican Guiteras-Holmes (pp. 129 y ss.) y Vogt (1973, pp. 22 y ss.) entre los tsotsiles hay ritos complicados para que el difunto no regrese, como quemar chile, lo cual no gusta al alma repetirle en el cementerio que no debe retornar a la casa, pues el camposanto es desde ese momento su morada, etcétera.

Nada semejante encontré en Guaquitepec, con excepción de un rito que se efectúa 15 días después de la muerte “para introducir el alma del difunto en el agujero de la tumba” –*yu'un ya yotsesik te sch'uhlel ta ch'en*.

Los *Mamaletik* y las *Me'eletik* (ancianos y ancianas) van al cementerio durante tres días consecutivos; después de haber ayunado cada mañana, comen y beben y repiten también largas oraciones, unos de cuyos párrafos principales cito aquí:

Arrodíllate, prostérnate ante Dios Nuestro Señor [para pedir] que puedas mirar y castigar a quien te hizo daño; que él también venga aquí al cementerio [que muera], puesto que se portó como enemigo tuyo. ¡Llama en este mismo momento a quien te causó tal daño!

¡Que no continúe viviendo! ¡Que no goce en modo alguno de un tiempo sabroso con su mujer y con sus hijos! ¡Lo mejor que puedes hacer es llamarlo inmediatamente; que sus sufrimientos sean iguales a los tuyos; que su tristeza aquí en la tierra sea igual a la tuya! ¡Que todo esto le suceda a quien te hizo este mal!³⁰

Terminada la oración, los ancianos plantan una cruz sobre el montículo de tierra que cubre la tumba.

Como vemos, no se hace ninguna alusión a la vida del difunto mismo en el más allá. La gente no se pregunta si sufre, o si goza en el cielo. Insisten en la idea de la “injusticia del mal recibido”, puesto que ellos, por su parte, no habían cometido delito alguno. Parece, por tanto, que el difunto no necesita oraciones para mejorar su situación; lo único que se requiere para que pueda partir en paz al más allá y no retomar, es el “restablecimiento de la armonía perturbada” por el que lo mató. Según lo veremos al tratar de los sacramentos tseltales, no se trata de una venganza, sino de un castigo legítimo que restablezca el orden, sin el cual no se puede vivir ni en esta vida, ni en la vida futura.

El 2 de noviembre recitan oraciones semejantes cuando visitan a los difuntos en el cementerio, y lo mismo durante todo el mes de octubre que antecede a la fiesta. Hay otras oraciones semejantes en que piden lo mismo, pero directamente a Dios.

Notemos que la oración de la “introducción del alma en la tumba”, los hombres no la recitan, sino solamente las mujeres. Parecería que a ellos tocaría la obligación de castigar con la muerte a quien mató al difunto.

Dos catequistas me dijeron que actualmente ya no se reza ese tipo de oraciones, sino otra, que también grabé, donde se pide a Dios el perdón por las faltas del difunto. Esta última oración se conforma a las enseñanzas de los misioneros. Entre los que van al catecismo se ha establecido la costumbre de empezar, al día siguiente del sepelio, una novena de rosarios para el eterno descanso del alma, lo cual hacen también cada año en el aniversario de la muerte. El último día de la novena, el dueño de la casa ofrece una comida sencilla, que sustituye (según me dijeron los catequistas) a la que los viejos hacían en el cementerio.

Sin embargo, no parece que la tradición antigua se haya suprimido en su totalidad, pues fue precisamente el prediácono quien me recitó la oración tradicional así como también la nueva; ¡las dos las sabía perfectamente de memoria! ¡Y fue otro catequista el que me ayudó a corregir algunos errores que cometí en la traducción de la oración tradicional! Para lograr mejor mi propósito le pedí que la repitiera él también, y lo hizo sin titubear. Parece, por tanto, que no ha caído en desuso.

7) *El regreso oficial de los muertos el 2 de noviembre.* Antes de adentrarnos en este tema, parece conveniente hacer hincapié en que nos hallamos ante una cultura muy diferente de la nuestra, cuyo lenguaje simbólico nos es imposible comprender a fondo. ¿Qué querrán significar ellos en realidad cuando afirman que los muertos vienen a la tierra a “hacer lo que les gusta” y a “comer las ofrendas”? Nuestro etnocentrismo nos induce a considerar esas creencias y prácticas como absurdas (puesto que son diferentes de las nuestras, y aún más porque son indígenas) y no caemos en la cuenta de que una persona de otra cultura puede dar el mismo calificativo a las nuestras.

Escuchemos a este propósito una anécdota narrada por Miguel Agustín Pardiñas, misionero en China durante largos años:

[Un] soldado americano... acabando de depositar unas flores sobre la tumba de un amigo en el cementerio de Shanghai, vio que un chino depositaba ciertos manjares sobre otra tumba. El soldado dijo al chino con cierta superioridad: –“¿Tu difunto sale en la noche a comerse lo que le has traído? –No, respondió el chino... sale a oler las flores que acabas de depositar en la tumba de tu amigo” (p. 132).

En Guaquitepec algunos aseveran, aun entre los ancianos, que las almas no vuelven a la tierra sino el 2 de noviembre; otros, en cambio, afirman que a veces llegan a retornar fuera de esa fecha. Los catequistas, por su parte, dicen que no es más que un cuento eso de que las almas vuelvan el 2 de noviembre.

Los niños vienen al poblado el 1 de noviembre, y los adultos el día 2. Todas las tumbas deberán, por tanto, estar limpias y arregladas esos días, cubiertas de *xaktaj* (agujas de ocote) y adornadas con ramas de este árbol y con velas. Todas las familias que tienen muertos en el cementerio acuden allí en la madrugada y llevan alimentos, que comen allí mismo. Permanecen hasta medio día, hora en que los muertos se retiran; pero antes de irse dejan sobre las tumbas legumbres cocidas y frutas (antiguamente también trago para los adultos). No dejan otros alimentos, pues según dicen, se los comerían los perros.

La fiesta de los muertos es alegre y triste a la vez: se ve a los hombres con el rostro serio y a veces lleno de lágrimas, y a las mujeres prosternadas sobre las tumbas salmodiando las lamentaciones, ¡y a su lado un radio o tocadiscos, de donde sale una música estrepitosa!

El 2 de noviembre a mediodía todos regresan a casa a celebrar una comida especial en honor de sus difuntos que los acompañan. Aun los catequistas, que niegan abiertamente el retorno de los muertos, celebran esa comida familiar. Y fue precisamente un catequista quien me dijo una vez:

Las gentes dicen que ese día, liberan a los difuntos para que vengan a la tierra a hacer lo que les agrada: comer, bailar, embriagarse, etcétera.

¡Pero esa vez no me dijo que se trataba de una fábula!

Podemos deducir que, a pesar de declarar abiertamente que todo eso es falso, puesto que los Padres se lo han dicho así, creen en ello. En efecto, todos los catequistas acuden al cementerio, donde encienden velas y dejan alimentos sobre las tumbas.

Hay que hacer hincapié en que todos estos ritos no son exclusivos de los indios de Chiapas; se festeja a los muertos en todo el país, aun entre los ladinos.

2. EL MAL

Los tseltales distinguen dos clases de mal: el mal justo, es decir, el castigo de los pecados de los hombres mediante desgracias y aun la muerte, enviadas por Dios y

los santos (quienes son siempre buenos y justos), y el mal injusto, cuando el hombre ha llevado una vida recta, pero sin embargo sufre.

Puesto que Dios es justo, no pudo haber enviado esos males: se trata pues de seres perversos y envidiosos que pertenecen, o bien al mundo superior (el diablo, la santa tierra, etc.), o bien son hombres dotados de un poder espiritual especial: los brujos.

El tema del mal lo trataré ampliamente en la parte sexta.

3. EL DEMONIO –*El Chopol Pukuj*

Este es el nombre que dan con mayor frecuencia al diablo, a quien llaman también a veces Satanás y muy rara vez “Lusibel” (Lucifer).

Pukujil es el “mal por antonomasia”, la maldad y la brujería. Si una persona es verdaderamente malvada, dicen que es *mero pukuj* –en verdad malo. Dan este calificativo, por ejemplo, a los antiguos finqueros que los maltrataban.

Buen pukujat – ¡Eres muy *pukuj!* – dicen a una persona que es medio pícaro o lista.

Es extraño que los misioneros dominicos españoles hayan aceptado el nombre de *pukuj* o de *chopol pukuj* para el demonio, como se puede constatar en los confesionarios tsotsiles y tseltales. Al hacer eso influyeron para que se colocara al diablo entre los seres del mundo maya, malvados y dañinos para el hombre.

Notemos que la naturaleza del diablo es confusa: por una parte, a la palabra *pukuj* –el mal– añaden el adjetivo *chopol* –malo o malvado–, expresión que significaría pues la “maldad mala”, o el “mal por excelencia” (como querían los misioneros). Pero, por otra parte, el diablo es menos de temer, digamos, que un brujo. En una leyenda se habla de una mujer que tenía *spukujil* –el mal–, pero no aparece con claridad si se trataba de brujería (ya que la mujer dañaba a su marido), o bien del diablo, ya que salía por las noches transformada en vaca y acompañada por un gran toro (¿quizás el diablo?).

No se sabe tampoco si el demonio es meramente un espíritu o si tiene cuerpo, pues a veces dicen que es el verdadero señor del infierno, donde él mismo vive –*te Yajwalnix K’atimbak ta banti ay*–. Otras veces afirman que vive solamente en el corazón del hombre, al cual hace pecar. Al menos, de la segunda expresión se

podría deducir que su naturaleza es espiritual, lo que sería conforme a la teología; sin embargo, con mucha frecuencia lo describen también como a un ladino perverso, vestido de negro, y que cabalga sobre un caballo negro también. Ya vimos que los de Guaquitepec dieron muerte a un diablo disfrazado de indio chamula.

Gossen nos ofrece leyendas tsotsiles en las que los hombres matan al diablo (pp. 310 y 319). Pero la más graciosa es la leyenda tsotsil en la que un hombre dio muerte a un demonio que lo atacaba, y después de desollarlo se revistió con su piel para la Fiesta del Carnaval (Laughlin, 1977, p. 30).

Los males que causa son, en general, males físicos (en una leyenda lleva a un niño a una cueva y el niño sale mudo de allí).

Sin embargo, nunca rezan para que se les libre de las tentaciones espirituales del demonio, de las que nos habla Ripalda (p. 43), quien menciona, además, los obstáculos que el diablo coloca en el camino del hombre a fin de que se tropiece con ellos, es decir, para que peque.

Hay una súplica muy frecuente en las oraciones:

K'ejbiluk snakumal sch'ich'el, snakumal sbak'etal Manchuk, laj tsuhk'ulin te', manchuk laj tsuhk'ulin ch'ajan.

Que sea protegido [el capitán, el enfermo, etc.] del enemigo oculto de su sangre, del enemigo oculto de su cuerpo. Que no se tropiece con el árbol atravesado [en su camino] que no se tropiece con la cuerda atravesada.

Aunque parece que aquí es cuestión de la brujería, a la cual temen en todo momento, no lo puedo probar apodócticamente. De todas maneras, se trataría de obstáculos materiales y no espirituales, ya que la misma súplica se hace respecto de los caballos que han de cabalgar los capitanes en las fiestas.

4. EL JUICIO FINAL

Según el Evangelio (Mt. XXV, 31 y ss.), habrá un juicio final, que los catecismos y los sermones nos describen. Los misioneros españoles se esforzaban por pintar este día con los colores más sombríos y más atrabiliarios. ¡Pero los indios ni siquiera mencionan tal día!

5. EL INFIERNO –*Te K'atimbak*

Los tseltales lo llaman unas veces *impierno*, otras veces *k'atimbak* (*k'atinel*: calentarse, *bak*: hueso). Sería pues un sitio en que se calienta uno quemando huesos. En general, ellos hablan poco del infierno; y si se les pregunta directamente acerca de él, responden:

La gente que ha cometido pecados graves va al infierno, donde hay fuego –según lo que dicen nuestros antepasados– ¡No salen de allí; allí se quedan!³¹

No queda pues ningún vestigio de los colores, horripilantes con que los misioneros pintaban el infierno. Parece que es una de las enseñanzas de la religión católica que los indios no aceptaron ni desarrollaron.

Presento aquí el resumen del infierno tseltal según aparece en una leyenda:

Había una vez –cuentan nuestros *jMe'jTatik*– una pareja muy pobre; la mujer engañaba a su marido, y recibía en cambio alimentos succulentos; pero el esposo nunca la interrogó acerca del origen de los manjares. Murió la mujer, y cuando el marido se lamentaba sentado sobre una roca, vio galopar hacia él a un hombre, caballero en su caballo negro, que se informó de la causa de su gran pena, y le ofreció llevarlo a ver a su mujer. Le mandó montarse en ancas y cerrar los ojos, y cuando recibió la orden de abrirlos, se encontraba ya en un mundo desconocido. El ladino envió a nuestro hombre a buscar leña, que no eran sino huesos amontonados, y le proporcionó una mula para transportarla. Pero no se trataba de una mula verdadera: ¡era su propia mujer! Lo compadeció de haber venido y le declaró que ambos eran culpables: ella misma por haberlo engañado, y él porque había cerrado los ojos ante ese pecado. Antes de tomar sus alimentos el hombre rezó una oración para bendecirlos, pero en ese momento se transformaron en gusanos, y él y su mujer se los tuvieron que comer.

Él recibió por castigo calzar unas sandalias de suelas de metal: no saldría del infierno hasta no haberlas gastado completamente, pero su mujer le indicó una estratagema para acabar pronto con ellas: debía frotarlas con la orina de la mula.

Antes de salir del infierno, recibió un encargo de la esposa: al volver a la tierra debía ir a visitar a otra mujer adúltera y convencerla de que ya no pecara más. “Así

pues, irás a decirle eso... regresarás y nos encontraremos aquí”. El hombre montó de nuevo a caballo y, cuando se despertó, se hallaba nuevamente sobre la tierra.

La conclusión de la leyenda es muy oscura:

Pero antes de que transcurrieran varios días –no sabemos si fue un mes o un año– el hombre salió de este mundo [murió]; ¿se encontró quizá con su mujer [en el infierno] o bien fue a dar a otro mundo [diferente]?³²

Las ideas principales son las siguientes:

El demonio, mediante un engaño, se llevó al hombre al infierno para castigarlo; pero ¿se trata de un castigo eterno? En cuanto a la mujer, nada indica que saldría de allí. Al hombre se le libera para que vuelva a la tierra durante un cierto tiempo; después deberá regresar al infierno para encontrarse con su mujer. Pero nos queda la duda: ¿llegó allí finalmente o bien fue a otro mundo?

El infierno tselal no es pues como el infierno de los misioneros españoles: la pareja bendice los alimentos antes de comer; los tormentos no se parecen a los sufrimientos terribles de que hablaban con tanta frecuencia los sermones, sino que el castigo es comer gusanos. Este tipo de alimento es quizá un castigo específico al pecado a cambio del cual la pareja recibía platillos succulentos. En cuanto a la mujer, el hecho de haber sido transformada en mula, bestia de carga, empleada en otras épocas únicamente por los ladinos, es quizá un castigo específico del pecado de adulterio. En efecto, los tselales critican la conducta sexual de los ladinos, que es mucho más libre. Además, el peor insulto que se le puede decir a un tselal es llamarlo hijo de yegua –*Yal sme'kawayu*.

La vida cotidiana en el infierno es muy semejante a la de los indígenas acá en el mundo: el hombre se encarga de llevar la leña. La creencia en el trabajo en el más allá parece haber sido frecuente entre los indígenas, pues una de las preguntas que el confesor les hacía era: “¿Has creído que cuando la gente muere, va a trabajar a otro mundo, según dicen los idólatras?” (*Catecismo Mixe*, p. 11).

Quedan todavía muchas cuestiones por resolver, lo cual resulta más difícil porque los tselales hablan muy poco del infierno. La leyenda que expuse fue la única que encontré en Guaquitepec. Hay una narración tsotsil, según la cual un hombre fue al infierno por propia voluntad y regresó; pero “murió a los tres días porque solo su cuerpo retornó a la tierra” (Gossen, p. 300). Guiteras-Holmes cuenta algo semejante escuchado en Chenalho’ (p. 257).

Sea lo que fuere, un infierno como este no parece suficiente para que la gente deje de pecar.

6. EL CIELO –*Te ch’ulchan*

Etimológicamente, la palabra significa *serpiente sagrada* (*ch’ul*: sagrado o santo; *chan*: serpiente). Los antiguos mayas veneraban una divinidad muy importante, de origen tolteca, llamada *Kukulkán* (Morley, índice analítico). Por otra parte, serpiente emplumada se dice en tselal: *K’uk’um chan*. Sin embargo, mis conocimientos lingüísticos no son suficientes para determinar si esta expresión pudo transformarse en *ch’ulchan*.

Los indios no hablan del cielo como la meta de la vida del hombre, excepto cuando se les pregunta directamente: “La gente que no cometió pecado grave va al cielo. Pero no sabemos lo que hay allí”.

En los *pat’o’tan* (o saludos) hay frases que podrían hacernos pensar en el cielo como una meta por alcanzar, por ejemplo:

Que el capitán no diga: “Mis esfuerzos y mi sudor son vanos; ¡desaparecen sin que quede nada de ellos! [Eso no es verdad –responde su interlocutor] pues viajan muy lejos, llegarán muy lejos hasta el cielo ante la presencia de nuestra Patrona.

Que no nos parezcamos a los ladinos, que se afanan por obtener las cosas de la tierra, y cuya única preocupación es vestirse lujosamente. Nada queda pues de sus esfuerzos... ¡En cuanto a nosotros, en el cielo saben cuál es el objetivo de todos nuestros trabajos! [el servicio del Santo Patrono].³³

Todo el contexto de las oraciones y de los saludos nos muestra que el fin del servicio de los santos no es obtener el cielo, sino más bien una vida feliz aquí abajo. Los antiguos mayas tenían el mismo concepto:

en todos los servicios que a sus dioses hacían no eran por otro fin ni para otra cosa sino para que les diesen salud, vida y mantenimientos (Landa, p. 58).

No se trata pues aquí del cielo como “destino” del hombre, sino como del sitio a donde deben llegar sus ofrendas para que la recompensa se les dé en la tierra.

Resumiendo: se expusieron en este capítulo en primer lugar, las creencias que parecen tener un paralelo en la religión cristiana occidental: Dios, Cristo, la virgen,

los santos y los ángeles. Enseguida, aquellas cuyo origen no parece ser cristiano: los cerros, la santa tierra, los rayos, la muerte y el mal. Finalmente, las creencias cristianas poco importantes para la religión tradicional: el demonio y la vida del más allá.

Puesto que se trata de examinar si se dio una aculturación, cuyo resultado sería precisamente la religión tradicional, nos será necesario exponer los elementos de ambas culturas, la *hispanica* y la *india*. Tal es el fin de la segunda parte.

